

Osama Bin Laden, El banquero del terror

Walter Goobar
Editorial Sudamericana

CAPITULO DOS

PAQUISTAN: EL JOKER DE PESHAWAR

En 1987, varios años antes de que comenzara a entrenar voluntarios árabes para librar una guerra contra la ocupación soviética de Afganistán, Osama Bin Laden tuvo una visión profética: "Ha llegado el momento de comenzar una Guerra Santa mundial contra los gobiernos seculares y corruptos del Medio Oriente y contra las potencias occidentales que los apoyan", le dijo a sus hombres de confianza. Los más escépticos le advirtieron que su meta era inalcanzable: "Un día le hablé a Osama y le pregunté qué estaba haciendo", recuerda Abdullah Anas, un argelino que combatió en Afganistán y que conoce todos los secretos sobre la formación de la organización de Bin Laden.

--"¿Cómo vas a establecer un campo de entrenamiento para la Jihad mundial? Imagina un filipino que después de cinco años en la guerra vuelve a su país: ¿Cómo se va a acordar quién es su líder? Seguramente querrá formar una familia, tener hijos, conseguir trabajo...", le advirtió Anas a Bin Laden. Como respuesta recibió sólo una enigmática sonrisa pero, con el correr del tiempo, Anas y otros escépticos vieron como Osama hacía exactamente lo que había prometido. Así, lo que había comenzado como una Guerra Santa contra la ocupación soviética de Afganistán, cobró una nueva dimensión: se transformó en una Guerra Santa moderna y planetaria. Antes de volver sus armas contra sus antiguos empleadores y de privatizar el terrorismo que ahora cotiza en Bolsa, este millonario hijo de millonarios fue un joker, un comodín de los servicios de inteligencia para librar una media docena de conflictos. y hasta llegaron a pensar en él como posible recambio en caso de un derrocamiento de la monarquía saudita. La historia de Osama Bin Laden demuestra que el verdadero motor del fundamentalismo no es la religión sino el dinero.

Abdullah Anas, un argelino llamado Boujema Bounouar que hoy vive en Londres y lidera un partido político argelino, fue uno de los primeros militantes islámicos en responder, a finales de los '70, al llamado a combatir contra los soviéticos en Afganistán. No es un observador imparcial: terminó enfrentado con Bin Laden, convencido de que su programa terrorista iba a manchar la reputación de miles de árabes que habían luchado de manera honorable por la causa afgana. Pero su relato en primera persona proporciona uno de los pocos retratos de la evolución de Osama Bin Laden. La historia de los dos hombres tiene mucho en común:

En 1984 y con 25 años Anas, que era un simple maestro de Corán, se convirtió en un guerrero del Islam. En una biblioteca pública de Argelia se había enterado de aquella lejana guerra en la que todo buen musulmán debía participar pero fue ese mismo año, en ocasión de su peregrinación a la Mecca, en Arabia Saudita, cuando se le dio la oportunidad. Mientras contemplaba los mármoles de la Gran Mezquita de Mecca junto a otros 50.000 fieles, un amigo le señaló a un militante palestino que estaba organizando el apoyo árabe a los afganos. Su nombre era Abdullah Azzam y sus escritos, llamando a revivir la Guerra Santa en el siglo XX, comenzaban a hacerse conocidos.

Anas se presentó y le preguntó a Azzam si era cierto que los líderes musulmanes habían proclamado que la lucha en Afganistán era el deber de todo buen musulmán

--"Sí, es verdad", dijo Azzam quien por esos tiempos era el maestro de Osama Bin Laden y que luego se convertiría en su víctima.

-Si quiero ir a Afganistán, ¿qué tengo que hacer?, preguntó entonces Anas con simpleza.

El jeque Azzam le dio una tarjeta con un número de teléfono en Islamabad, capital de Paquistán, donde él se desempeñaba como profesor universitario. Una semana después, Anas abordaba un vuelo desde Arabia Saudita hacia Paquistán. No tenía la menor idea de dónde iba ni qué iba a hacer, por eso ni bien llegó a Paquistán telefoneó a Azzam, quien lo hospedó en su propia casa. Allí Anas conoció a la hija menor de Azzam -con quien se casaría cinco años después- y a un visitante saudita que, a la usanza árabe, se identificó como Abu Abdullah, es decir el padre de Abdullah. Era Osama Bin Laden. Los dos hombres intercambiaron cortesías. El nombre Bin Laden era conocido en todo el Medio Oriente porque la familia dirigía la mayor empresa constructora del mundo árabe.

--"Bin Laden no se distinguía del resto de las primeras camadas de voluntarios árabes que llegaban a Paquistán", recuerda Abdullah Anas, quien comenzó enseñando el Corán a los rebeldes afganos que aprendían los versículos de memoria porque no sabían hablar árabe. Tras casi un año en Afganistán, después de cruzar a pie, junto a dos amigos, la frontera afgana para unirse a una unidad de combate integrada por 600 hombres, Anas aprendió el farsi y se convirtió en intérprete y mediador entre los distintos feudos rebeldes.

Al igual que otros musulmanes que se unieron a los rebeldes afganos, Anas y Bin Laden estaban preparados para morir por Alá de ser necesario. Según manda el Corán, quienes ofrendan la vida en combate, se convierten en mártires de la causa que estaban defendiendo.

--"La principal meta no era convertirse en shaid o mártir, pero era parte de mi plan"-recuerda Anas. "Bin Laden cortó amarras con los afganos y formó una nueva generación de militantes musulmanes

cuyas ambiciones se extendían mucho más allá de las fronteras de Afganistán”1

PESHAWAR: EL REFUGIO DE LOS CREYENTES

Poblada de guerreros y contrabandistas de la etnia pashtun, Peshawar es una reliquia que ha visto pasar el sinfín de ejércitos que entró a Afganistán por el paso Khyber: griegos, árabes, mongoles y británicos, entre otros. Pero en la primavera de 1980, cuando los tanques de un nuevo ejército se apostaban en la frontera, Peshawar era un hervidero de soldados, espías, traficantes de armas, traficantes de drogas, refugiados afganos, exiliados, periodistas y, por supuesto, una multitud de musulmanes llegados de todo el mundo para combatir contra los invasores soviéticos.

A mediados de los ´80 Osama Bin Laden desembarcó en Peshawar vistiendo un "shalwar kameez" -la túnica de seda blanca- y botas inglesas hechas a medida. Allí los oficiales de inteligencia norteamericanos, franceses y paquistaníes telecomandaban la guerra contra los rusos en beneficio de sus propios países.

Su presencia allí no respondió sólo a su voluntad. Según cuenta el escritor anglo-paquistaní Tariq Ali “durante la guerra contra la Unión Soviética la inteligencia militar paquistaní solicitó la presencia de un príncipe saudita para conducir la guerra santa en Afganistán. Como ningún voluntario dio un paso adelante, los líderes sauditas recomendaron a Osama, vástago de una rica familia cercana a la monarquía. Enviado a la frontera paquistaní, llegó a tiempo para oír a Zbigniew Brzezinski, consejero de seguridad nacional del presidente Carter, turbante en la cabeza, gritar: "Alá está de vuestro lado".2

--Osama Bin Laden era uno más entre tantos. La única diferencia era que tenía cientos de millones de dólares. Eso le garantizó una popularidad casi inmediata", dice Anas..

Pero no era el único, según recuerda el jefe de estación de la CIA en Paquistán entre 1986 y 1989, Milt Bearden, un hombre regordete, ahora retirado, que había llegado con el primer cargamento de misiles Stinger que Washington envió a los afganos, y que pasó buena parte de su tiempo en las montañas con los grupos de la resistencia. Cuando le preguntaron si había conocido a Bin Laden durante los años de la guerra, respondió:.

--"No. Pero sabía que estaba allí. Había muchos Bin Laden que venían a librar la Guerra Santa y no quitaban un peso de encima. Estos tipos traían veinte o veinticinco millones de dólares mensuales de Arabia Saudita y de los Emiratos del Golfo para financiar la guerra. Eso es mucho dinero. Resulta un ingreso extra de entre 200 y 300 millones anuales. Eso es lo que Bin Laden hacía. Pasó la mayor parte de la guerra recolectando fondos en Peshawar. Nunca fue un combatiente en los campos de batalla."

--"La opinión que los norteamericanos tenían sobre Bin Laden era, simplemente, inmejorable", afirma el general Hamid Gul, que se

desempeño como jefe del servicio de inteligencia paquistaní (Inter Servicios de Inteligencia, ISI) entre 1987 y 1989."Cuando yo no había oído aún hablar de Bin Laden, la CIA me lo describió como un gran musulmán, un guerrero-santo que gastaba su propia fortuna en ayudar a Afganistán y construía carreteras para el pueblo. Era un aliado estadounidense", dice Gul sin perder la calma. El relato de este general de ideas fundamentalistas que nos recibió en su casa de Islamabad, es un testimonio directo de cómo ESTADOS UNIDOS ayudó primero a crear y después a mantener el extremismo talibán. Es también la narración de cómo se forjó la alianza de los estadounidenses con Bin Laden y de cómo ambos, los talibán y el millonario saudita, terminaron mordiendo la mano que los alimentaba. Gul, que es considerado el padrino de los talibán, sencillamente porque los inventó, fue el hombre clave en ese matrimonio de conveniencia con los norteamericanos.³

En 1979, la CIA montó "la operación encubierta más grande y costosa en la historia de la Agencia", en respuesta a la invasión soviética que apoyaba al gobierno pro comunista de Babrak Kamal en Afganistán.⁴ Con el apoyo activo de la CIA y del ISI paquistaní –que pretendían que la jihad se volviera una guerra global de todos los Estados musulmanes contra la Unión Soviética- unos 35 mil integristas de 40 países islámicos se unieron a la lucha en Afganistán entre 1982 y 1992. Decenas de miles más llegaron a estudiar en las madrasas (escuelas coránicas) paquistaníes. Con el tiempo, más de 100 mil musulmanes extranjeros estuvieron directamente influenciados por la jihad afgana.⁵

El apoyo estadounidense comenzó con un dramático aumento en el suministro de armas -hasta llegar a 65 mil toneladas en 1987- y con un incesante tráfico de especialistas de la CIA y del Pentágono a los cuarteles centrales secretos del ISI paquistaní, para ayudar a planear las operaciones de los rebeldes afganos.⁶

La CIA, utilizando al ISI paquistaní, jugó un papel central en el entrenamiento de los mujaidines, al que se integraron las enseñanzas del Islam: "Los temas principales eran que el Islam era una ideología socio-política integral, que el sagrado Islam era violado por las tropas soviéticas ateas, y que los buenos musulmanes de Afganistán deberían reivindicar su independencia derrocando el régimen izquierdista afgano impuesto por Moscú".⁷

"Llegamos a un acuerdo con los estadounidenses: el dinero para financiar a los guerrilleros llegaba a medias de ESTADOS UNIDOS y Arabia Saudita. Todas las armas entregadas a los guerrilleros nos llegaban a través de la CIA, nosotros nunca tuvimos que comprar ningún arma. Nuestro cometido era formar militarmente a los mujaidines. Preparamos hasta 150.000 guerrilleros islámicos", asegura el ex jefe del ISI, general Hamid Gul. Fueron los hombres del general Gul, con el apoyo de ESTADOS UNIDOS los que despertaron en los afganos la motivación y el fanatismo para no

temer a la muerte en la batalla. Como los pilotos que estrellaron sus aviones en Nueva York y Washington.⁸

El apoyo encubierto de la CIA a la jihad operó a través del ISI paquistaní; esto es, la CIA no canalizó su apoyo directamente a los mujaidines. En otras palabras, para que estas operaciones encubiertas tuvieran éxito, Washington tuvo cuidado de no revelar el objetivo principal de la jihad, que consistía en destruir a la Unión Soviética. Movidos por el nacionalismo y el fervor religioso, los guerreros islámicos no tenían idea de que estuvieran combatiendo al ejército soviético en nombre del Tío Sam.

--"Bin Laden no se destacaba por sus criterios políticos u organizativos. Pero era un activista con una gran imaginación. Comía poco. Dormía poco. Era muy generoso. Podía darle su ropa o su dinero a cualquiera", cuenta Anas.

Pero la llamada de Alá llegó mucho más allá de su bolsillo. Osama bin Laden, no solo aportó dinero y capacidad de organización a la guerra afgana; también empuñó el fusil kalashnikov, del que ahora no se desprende.

Así lo retrata Hamid Naderi, un médico afgano que actualmente vive exiliado en Canadá y que en los años 80, recién licenciado en Medicina por la Universidad de Shiraz, en Irán, combatía junto a los mujahedin contra el Ejército Rojo. "Fue entonces cuando conocí a este joven saudita. Su sueño era morir en batalla por el Islam". Cuenta Naderi que el batallón en el que combatía Bin Laden se ganó el respeto de los afganos por su ferocidad en la batalla. El saudita, que se hacía llamar Abu Abdullah, no desmerecía esa reputación. En cierta ocasión se enfrentó cara a cara con un oficial ruso. Lo mató con las manos. Las mismas manos de tacto suave que recuerda el periodista pakistaní Rahimullah Yusufzai, quien lo entrevistó en dos oportunidades. El FBI todavía no lo había incluido en su lista de los diez fugitivos más buscados, pero eso no importa. Osama bin Laden ya había empezado su Guerra Santa particular.

Según Bearden, Bin Laden y el contingente saudita "sólo libraron un combate importante: la batalla de Ali Khel" en la provincia de Paktia, no lejos de la zona que Clinton ordenó bombardear con misiles en agosto de 1998. "Hubo veinte o veinticinco shahids -mártires-, de origen saudita." Ocultando su identidad bajo el nombre de guerra Abu Abdullah, Bin Laden comenzó a emular la imagen de Saladino, el héroe del siglo XII que derrotó a los Cruzados y reconquistó Jerusalén.

"Con el tiempo la historia del combate de Ali Khel fue creciendo junto con el papel de los sauditas en el campo de batalla. Parte del mito sobre Bin Laden y los combatientes sauditas comenzó allí. El gobierno de los ESTADOS UNIDOS cantó la balada de los mártires sauditas para conseguir que el gobierno saudita igualara nuestra inversión en Afganistán. En 1987 pusimos 500 millones de dólares y los sauditas duplicaron esa cifra dólar por dólar", dice Bearden.⁹

Durante esa primera etapa la guerra afgana, Osama Bin Laden servía a la monarquía saudita y la monarquía saudita le era útil a Bin Laden: aunque los miembros de la familia real afirmaban ser musulmanes devotos, eran duramente criticados por su proximidad con Occidente. Como los fundamentalistas islámicos comenzaban a convertirse en un peligro disgregador dentro de la sociedad saudita, la familia real se sintió aliviada al comprobar que concentraban su tiempo y sus energías en el conflicto afgano. Ello significaba menos presión en el ámbito nacional, que era algo que el régimen agradecía.

Puesto que todos estos grupos se mostraban claramente hostiles al poder saudita hubiese sido una torpeza suministrar abiertamente fondos a su causa, aunque ello significara quitarlos de en medio durante algún tiempo. En cambio, ese dinero fue canalizado discretamente a través de Osama Bin Laden, que se encontraba en una posición privilegiada para servir a las dos causas. Su tutor, el príncipe Turki al-Faisal al-Saud (director de los servicios de inteligencia sauditas desde 1977 a agosto de 2001) le encomendó administrar las operaciones secretas en Afganistán. Debido a los estrechos negocios y a la relación personal de su padre con los gobernantes sauditas, Osama había permanecido dentro de su círculo a pesar de su identificación con los extremistas.

--"Nosotros no entrenamos árabes", se defiende Milton Bearden, de la CIA. Sin embargo, según Abdel Monam Saidali, del Centro para Estudios Estratégicos en El Cairo, el Al-aram, Bin Laden y los "árabes afganos" recibieron algunos "tipos de entrenamiento muy sofisticados avalados por la CIA".¹⁰

-- "Lo veían como a un monarca de talla heroica disparando nuestros misiles Stinger al hombro contra aviones y tanques rusos», relata Alexander Legault, otro ex oficial de la CIA en Afganistán. Con independencia de que esto sea cierto, Bin Laden aprendió de sus tutores de la CIA las reglas básicas para ejecutar cualquier acción terrorista: una cuidadosa planificación, escoger personalmente al equipo y financiarlo adecuadamente.

Si bien el apoyo a la jihad afgana provino de países y organizaciones musulmanas, una parte fundamental de esa ayuda se gestó en los ESTADOS UNIDOS. Bin Laden tenía en claro que "el enemigo de mi enemigo es mi amigo". Al apoyar a los rebeldes afganos, las autoridades de Estados Unidos creían que estaban apoyando una auténtica lucha por la libertad al tiempo que frenaban la expansión soviética y la propagación del comunismo. Los combatientes de la jihad islámica aceptaron el respaldo estadounidense, traducido en dinero, armas y suministros, pero se aseguraron de conservar el control absoluto de la operación. Decididos a aislar a Estados Unidos de las bases, los líderes rebeldes mantuvieron a los asesores norteamericanos alejados de los campos de entrenamiento y de sus sesiones de planificación y estrategia.

Un oficial de inteligencia islámico observó que "ningún instructor norteamericano o chino participó jamás en el entrenamiento o la

entrega de cualquier tipo de equipo o armamento a los mujaidin. Se trataba de una política deliberada y cuidadosamente calculada que nosotros nos negamos a cambiar, a pesar de la creciente presión ejercida por la CIA y, más tarde, por el Departamento de Defensa norteamericano, para que les permitiésemos hacerse cargo de la situación".

Fue idea de Osama bin Laden que Estados Unidos suministrase los Stingers a los afganos. Estos misiles tierra-aire, guiados por una fuente de calor y con capacidad para derribar aviones y helicópteros soviéticos desde 3 mil metros de altura. Durante el conflicto, el presidente Ronald Reagan envió más de 5 mil de estas armas a Afganistán junto con instrucciones para optimizar su uso. Los Stinger permitieron que los combatientes rebeldes derribasen 270 aviones soviéticos. Bin Laden sentía una predilección especial por los misiles, que pronto se convirtieron en un símbolo de status para los señores de la guerra. El archivo en poder del Departamento de Estado norteamericano con los antecedentes y actividades detallados de Bin Laden, contiene incluso una fotografía tomada en 1986, en la que posa con un misil Stinger apoyado en el hombro. Aunque parezca increíble, fue Washington quien armó al extremista islámico que, unos pocos años después, le declararía la guerra.

En julio de 1993 la CIA pidió 55 millones de dólares para recomprar a los afganos los misiles que le había proporcionado en los 80. En 1996 seguía la infructuosa carrera para recuperar los misiles que demostraron ser una inversión lucrativa: a mediados de los '90 los carteles colombianos ofrecían comprarlos a diez veces su valor. La CIA empezó a demostrar cierto nerviosismo a mediados de 1996, cuando se sospechó que un avión de pasajeros de la TWA en el que murieron 225 personas, pudo haber sido derribado por uno de esos misiles. Aún hoy la CIA está ofreciendo una recompensa a los comandantes taliban para que devuelvan aquellos misiles, que ahora apuntan a los norteamericanos.¹¹

Osama Bin Laden no se engañaba en cuanto al verdadero objetivo del apoyo de Estados Unidos a los rebeldes. Más tarde describió la situación de esta manera: "Estados Unidos no estaba interesado en nuestra jihad. Sólo temía que Rusia (la Unión Soviética) tuviese acceso a aguas calientes (un punto estratégico en Medio Oriente). Estados Unidos ayudó a los rebeldes con el propósito de contener a Rusia. Los mujaidin comenzaron su resistencia mucho antes. Tan pronto como Gorbachov anunció la retirada de las fuerzas rusas de Afganistán, Estados Unidos... interrumpió su ayuda a los mujaidin".

Bin Laden creía que la difícil situación que vivía el pueblo afgano era la de musulmanes "en una sociedad medieval asediada por una superpotencia del siglo XX". No temía a la muerte y se lo cita diciendo: "En nuestra religión existe un lugar especial en el más allá para todos aquellos que participan en la jihad. Un día de lucha en Afganistán era como mil días de oraciones en una mezquita." ¹²

Beit-al-Ansarm o "El refugio de los creyentes" estaba ubicado en una apacible calle de Peshawar con veredas cubiertas por floridas santarritas y amplias casas construidas por la élite local. A mediados de los '80, la zona se había convertido en el centro de la resistencia afgana. Todos los líderes de los diversos grupos tenían sus oficinas allí. Había dos periódicos, uno de ellos publicado por el jeque Azzam y Bin Laden. Tenían hasta una "oficina neutral", en un edificio alquilado por Bin Laden, donde las distintas facciones de combatientes podían saldar sus diferencias. Las condiciones de vida eran deliberadamente espartanas. Los voluntarios -e incluso él-, dormían amontonados en los cuartos y en las oficinas.¹³

Hamza Mohammed, un palestino que combatió en Afganistán, lo retrata con estas palabras: "Para nosotros era un héroe porque estaba en la línea del frente, siempre moviéndose por delante de todos los demás. No sólo entregaba su dinero, sino también a sí mismo. Llegó de su palacio para vivir con los campesinos afganos y los combatientes árabes. Cocinaba con ellos, comía con ellos, cavaba trincheras con ellos. Así era Bin Laden".

Anas recuerda que Azzam solía hablarle con admiración sobre Bin Laden: "Este hombre que lo tiene todo en su país ha venido aquí y ha elegido vivir con los pobres en este cuarto", le decía Azzam. En esa época, 198, Azzam montó una organización que sería decisiva para la Guerra Santa en las décadas siguientes. La bautizó Makhtab al Khadimat, Oficina de Servicios, y su misión era reclutar voluntarios musulmanes para el frente afgano. Se ha calculado que más de 25 mil combatientes musulmanes, procedentes de al menos treinta y cinco países, participaron en la lucha afgana. Azzam daba discursos encendidos y recolectaba fondos en todo el mundo incluyendo, por supuesto, los ESTADOS UNIDOS. Osama Bin Laden se convirtió en su discípulo y socio, aportando recursos financieros y ocupándose de los temas militares.

Al unirse a los afganos, Bin Laden había dejado en claro que no deseaba que lo trataran como a una celebridad. Aunque hay numerosos e inspirados relatos acerca de la valentía que demostraba en el campo de batalla, también circulan algunas historias sobre él, menos positivas. Algunas sostienen que, en ciertos momentos, el exceso de celo de Osama interfería en un enfoque más efectivo para desarrollar una estrategia. Aparentemente, sus áreas de influencia eran más fuertes en determinadas partes de Afganistán. Cuando trataba de ejercer su influencia en regiones donde el mando estaba en manos de otros, a menudo se lo veía como un hombre arrogante y extremadamente dictatorial.

John Simpson, editor Internacional de la BBC (British Broadcasting Corporation), recuerda un lamentable incidente en el que, por suerte, las instrucciones de Bin Laden fueron pasadas por alto:

"Estaba filmando a un grupo de combatientes afganos mientras disparaban morteros cerca de la ciudad de Jalalabad. De pronto apareció un árabe de aspecto imponente, con barba y una túnica

blanca. Era Bin Laden. Subió a una pequeña pared y comenzó a gritar que éramos unos infieles y que los afganos deberían matarnos en el acto. Los combatientes a cargo de la zona sonrieron y se encogieron de hombros, de modo que Bin Laden corrió hasta el conductor de un camión y le ofreció 500 dólares para que nos atropellara. El hombre también esbozó una sonrisa. Entonces Bin Laden corrió hacia la zona destinada a dormitorios, se lanzó sobre una de las camas y comenzó a golpear la almohada para descargar su frustración. Mis colegas y yo lo contemplábamos con una mezcla de vergüenza y alivio."

PESHAWAR: EL SEQUITO DE LOS EGIPCIOS

Entre quienes cortejaban a Bin Laden había un grupo de extremistas egipcios que integraban la Jihad Islámica de ese país y que habían consumado el asesinato del presidente Anwar el-Sadat, en 1981. El grupo egipcio proponía derrocar a los gobiernos por la vía de la violencia y una de las figuras claves era el doctor Ayman al-Zawahiri, un ex oficial de alto rango de los servicios de inteligencia egipcios que, acusado de desarrollar actividades terroristas en su país, se había refugiado en Afganistán. Con el tiempo, al-Zawahiri se convertiría en uno de los lugartenientes de Bin Laden.

El testimonio de Anas coincide con la opinión de diversos servicios de inteligencia: Zawahiri –que hoy es parte de la dirigencia de Al Qaeda–, Habría ejercido una influencia decisiva sobre Bin Laden.

Anas presenció una acalorada discusión entre el jeque Azzam y el jeque Omar Abdel Rahman –el clérigo que años más tarde fue sentenciado a cadena perpetua por su participación en el primer atentado contra las Torres Gemelas– en la que lisa y llanamente se tachaba de infieles a los presidentes Mohammed Zia ul-Haq, de Paquistán, y Hosni Mubarak, de Egipto, lo que dejaba abierta las puertas para su asesinato.

En 1991, Zawahiri estuvo en California más de una vez para recaudar fondos. Utilizando la identidad falsa de doctor Abdel Muez, visitó tres mezquitas y afirmó que estaba reuniendo dinero para las viudas, huérfanos y otros refugiados afganos. Con el correr de los años se produjeron también otras inquietantes revelaciones: aparentemente, gran parte de los dólares enviados por Estados Unidos para la guerra contra la Unión Soviética, fue desviada con otros propósitos. Los líderes de la jihad enviaron esos fondos a partidos islámicos extremistas en Paquistán y a otras zonas del mundo musulmán. Aunque el gobierno de Estados Unidos estaba al corriente de la situación, frenar la expansión soviética en aquella región se consideraba un objetivo tan importante que prefirió hacer la vista gorda.

En 1986, Bin Laden comenzó a recorrer un camino propio. Estableció sus campos de entrenamiento para medio centenar de reclutas que vivía separado de los afganos. Lo llamó Al Masadah, La Guarida del León. En 1988, empezó a recibir pedidos de información sobre el paradero de sus seres queridos por parte de las familias de los

combatientes y, al descubrir que no podía dar respuestas, decidió montar un centro de documentación. Comenzó a llevar fichas de los visitantes, fueran estos combatientes, miembros de organismos de solidaridad, o simples curiosos. También registró sus traslados entre los refugios y los campos de entrenamiento, al igual que sus fechas de llegada y de partida. Esta organización tomó el nombre de Al-Qaeda que, en árabe, significa "La Base" y que luego se convirtió en la herramienta para su Cruzada Mundial.¹⁴

El jeque Azzam le confió a Anas que los egipcios habían engañado a Bin Laden para acceder a su dinero. "Estoy muy triste por Osama. Este hombre enviado por el Cielo, como un ángel. Estoy preocupado por su futuro si se queda con esa gente", vaticinó Azzam.

En febrero de 1989 terminó la guerra contra los soviéticos y estalló una guerra abierta entre las facciones afganas: el 24 de noviembre de 1989, Azzam y dos de sus hijos fueron asesinados por un coche-bomba cuando se dirigían a la mezquita para rezar la Oración del viernes. Unos dicen que lo mató el Mossad israelí, otros señalan a Bin Laden: Azzam, citando al Corán, se oponía tenazmente a la propuesta de Bin Laden de disponer de los fondos de la Guerra Santa para inversiones especulativas.

Evidentemente, Osama había leído otro versículo: "Combatid contra aquellos que no crean en Alá... hasta que paguen tributo con sumisión. Cuando encontréis a los que no creen en formación de batalla, no les deis la espalda. si los matasteis vosotros: Alá los mató", reza la sura 9, que habla de la Guerra Santa.

Pero había otras divergencias: Azzam apoyaba a Ahmad Massud, el líder de la Alianza del Norte que combatía a los Talibán y que fue asesinado -presuntamente por comandos de Bin Laden- dos días antes de los atentados del 11 de septiembre. Bin Laden, en cambio, estaba fascinado con la personalidad de su amigo Gulbuddin Hekmatyar, ex primer ministro y líder del partido islámico Hizb-i-Islami, que era anticomunista y antioccidental al mismo tiempo. ¹⁵ La rivalidad entre ambos partidos fundamentalistas y, muy especialmente, entre Massud y Hekmatyar, impidió la firma de un acuerdo de paz tras la retirada soviética y provocó un nuevo baño de sangre.

A ambos líderes los separaban diferentes proyectos de Estado islámico y etnias. La guerra contra la Unión Soviética provocó un cambio importante en la composición tribal. El 90 por ciento de los más de 3.200 millones de refugiados que huyeron a Paquistán, pertenecían a la mayoría pastun. Los tres millones de tayikos continuaron en el interior del país; sufrieron desplazamientos masivos, pero consiguieron reforzar su presencia especialmente en la capital, donde son la etnia mayoritaria.

Mientras el partido de Hekmatyar aglutinaba a los pastunes, planteaba un proyecto de Estado islámico basado en la estricta observancia de la ley musulmana, y era apoyado sin reservas por

Paquistán, el partido de Massud y Burhaneddin Rabbani estaba formado por los tajikos -la segunda etnia del país de origen persa-, intentaba atraerse a miembros de otras etnias minoritarias -los uzbekos y los turcomanos-, aspiraba a un Estado fundamentalista moderado, y recibía ayuda militar y económica de Irán. Hekmatyar, llamado "el Jomeini afgano", recibió siempre un trato preferencial por parte de los Estados Unidos, de Paquistán y de Arabia Saudita. El antiguo estudiante que se dedicaba a tirar lejía a las mujeres que se paseaban desprovistas del chador por las calles de Kabul en los años setenta -motivo por el que fue encarcelado-, se había convertido, en los ochenta, en un respetable jefe de una fracción islámica al que los miembros de la coalición antisoviética engordaban con armas, sin importarles su intransigencia y su incapacidad por llegar a acuerdos con los otros jefes islámicos. Massud, hijo de un oficial del ejército y -como Hekmatya-, estudiante de ingeniería civil, fue el único comandante que organizó una zona liberada durante la guerra contra los soviéticos, en el gran valle de Panjshir, 120 kilómetros al noroeste de Kabul. Allí resistió siete ofensivas soviéticas y en varias ocasiones logró interrumpir la carretera que unía la capital con la URSS, poniendo en peligro el aprovisionamiento de Kabul y de las unidades de elite soviéticas. Por medio de sus contactos regulares con la estación de la CIA, Bin Laden percibió el contradictorio trato entre la absoluta confianza que le tenían los operativos sobre el terreno y las declaraciones del Departamento de Estado. Mientras las distintas facciones afganas se combatían entre sí, Washington -que temía el establecimiento de un gobierno islámico al estilo iraní-, comenzó a explotar y alentar las diferencias entre los afganos.

"Las guerras entre las diferentes facciones musulmanas habían empezado, y a Washington le interesaba que continuara porque no tenía una alternativa para Afganistán", cuenta el general Hamid Gul, ex-jefe del ISI, que en 1992 fue obligado por los norteamericanos a retirarse del Ejército. En su casa de Islamabad, Gul aprieta los dientes y sube el tono de su voz al explicar lo que sucedió después: "Nosotros manteníamos que había llegado el momento de que los verdaderos héroes de aquella guerra, los hombres que lucharon y se sacrificaron, ocuparan el poder. ESTADOS UNIDOS tenía otros planes".¹⁶

En 1989 las tropas soviéticas se retiraron de Afganistán y dejaron un gobierno títere en Kabul. Las distintas facciones afganas comenzaron a combatir entre sí. A Bin Laden no le resultó sencillo mantener inactivos a los aguerridos combatientes de la Brigada Árabe. El grueso de los casi 20 mil hombres que seguían llegando a Afganistán eran los elementos más fanáticos y comprometidos con el proyecto de continuar la jihad en sus propios países, a los que consideraban alejados de la genuina esencia del islam. Sus actos de guerra iban a conocerse en Argelia, Azerbaiyán, Bangladesh, Bosnia, Túnez, Sudán, Gran Bretaña y Estados Unidos, así como en otros lugares del mundo.

WASHINGTON: EL TIRO POR LA CULATA

Tras la retirada soviética, más de un funcionario norteamericano reconoció dolorosamente que, en parte, a ellos debía culpárseles por haber creado un nuevo y poderoso enemigo. Charles C. Cogan, jefe de operaciones de la CIA, dijo en aquella época: "La hipótesis de que los mujaidin pudieran venir a Estados Unidos y cometer actos terroristas no entraba en nuestro universo de pensamiento en aquellos días. Estábamos totalmente preocupados por la guerra contra los soviéticos en Afganistán. Fue una importante consecuencia no prevista."

Esta postura era compartida por Richard Murphy, ex embajador de Estados Unidos en Siria y Arabia Saudita, quien añadió: "Nosotros engendramos un monstruo en Afganistán, una vez que los soviéticos se marcharon del país, los árabes afganos comenzaron a buscar otros objetivos y Osama bin Laden se convenció de que Estados Unidos era la fuente de todos los males".

La CIA tiene un eufemismo para designar estos acontecimientos no previstos: "blowback" que, en castellano, podría traducirse como "tiro por la culata".¹⁷

-- "La teoría del "tiro por la culata" es una gran mentira", dice Michel Chossudovsky, profesor de economía en la Universidad de Ottawa, Canadá y director del Centro de Investigación sobre Globalización (CIG). Autor de varios trabajos sobre el tema afgano Chossudovsky sostiene que: "La CIA continuó apoyando a la jihad islámica fuera de Pakistán. Nuevas operaciones encubiertas se pusieron en marcha en Asia Central, el Cáucaso y los Balcanes. El aparato militar y de inteligencia paquistaní sirvió como un catalizador para la desintegración de la Unión Soviética y el surgimiento de seis nuevas repúblicas ex soviéticas. A pesar de su ideología antiestadunidense, el fundamentalismo islámico estaba sirviendo en gran medida a los intereses estratégicos de Washington en la ex Unión Soviética."¹⁸

Bin Laden comprendió que había llegado el momento de preparar un nuevo teatro de operaciones para la Guerra Santa planetaria.

Apoyado por los grupos más radicales, tomó el control de la Oficina de Servicios fundada por Azzam. "Amaban las ideas de Osama y la personalidad de Abdullah Azzam. No me querían a mí", recordó con amargura Anas, quien resultó derrotado en la batalla por el control de la organización. En los discursos grabados que se repartían en todo el Medio Oriente advertía: "...después de la derrota de los rusos, edificaremos el nuevo Islam; un Islam puro, diáfano, auténtico...".

Según diversas fuentes concordantes, el proyecto de Bin Laden fue sesudamente estudiado por los responsables locales de la CIA.

Richard Labéviere, autor de Los dólares del terror, afirma que a finales de 1991 se registraron varios encuentros secretos en el Hotel Green de Peshawar, coordinados por el príncipe Turki. Los servicios de inteligencia norteamericanos y sauditas partían del mismo análisis: no era cuestión de abandonar a sus afganos-árabes, no era

cuestión de dejar de lado una fructífera colaboración a causa de algunas divergencias pasajeras...Era el clásico dilema entre los hombres que están en el terreno y los tecnócratas de Washington, susceptibles de todas las capitulaciones y todas las traiciones.¹⁹ Aunque no se conoce el tenor exacto del acuerdo formalizado entre Bin

Laden, la CIA y los servicios sauditas, la agencia norteamericana trataba de garantizar el acceso de las grandes petroleras norteamericanas a las cuencas petrolíferas afganas. Pero había un profundo desacuerdo entre la CIA y el Departamento de Estado sobre la nueva configuración regional y el rol de los afganos: "Para los norteamericanos y los sauditas era vital preservar a cualquier precio la sociedad con la dupla Bin Laden-Hekmatyar, que estaba bendecida por los paquistaníes", explica un diplomático que en esos años estuvo acreditado en Kabul.

La sociedad se basaba en las siguientes premisas: Bin Laden -que desde 1991 estaba instalado en Sudán-, garantizaba la compra y el aprovisionamiento de armas a las tropas afganas de Hekmatyar y, como contraprestación, éste le entregaba el opio proveniente de la región de Helmand, que estaba bajo su control. La operación era una remake del Irán-Contras, el desvío de fondos de la venta de armas a Teherán para financiar las actividades guerrilleras de los antisandinistas en Nicaragua. En aquel escándalo de los años '80 también intervinieron la CIA, los servicios de inteligencia sauditas y la familia Bin Laden.

--"Osama se sentía muy frustrado y cuando vio a los árabes discutiendo y peleando entre ellos se sintió enfermo", relata el veterano de guerra Jammal Nazimuddin. "Les decía que solos habían vencido al imperio soviético porque estaban unidos y Alá los había bendecido. Que las divisiones y el fraccionalismo no respondían a la voluntad divina". Amargado, en 1989 Osama Bin Laden decidió retornar a Arabia Saudita. Tenía 33 años, se sentía más viejo, más sabio y más radical.²⁰

REFERENCIAS